

EL PRESIDENTE

LA literatura de costumbres no está ahora muy considerada. Escriba usted novela o cuento o artículo que le critiquen como costumbrista, y vera. Cuando eran otros los modos y las modas, los autores trataban a menudo el tema de las relaciones derivadas, de la propiedad urbana: los caseros -«inútil es decir que el casero tenía mala cara, todos, la tienen»-; los inquilinos quisquillosos; las porterías con sus hijas huérfanas y codiciables; y aun personajes no de carne y hueso, sino fantasmales como el recibo mensual, siniestros como un desahucio.

A un Larra, suyo es, lo anterior, entrecomillado, a un Mesonero, a un Estébanez Calderón, les hubiera gustado escribir sobre el presidente. Si existiera entonces el presidente.

La propiedad horizontal es nueva, fruto, precisamente, del edificio muy vertical. Y nos ha traído: con el beneficio moral de una convivencia -aunque venga obligada- el perfil inédito de quien encabeza esa convivencia. Un cargo gratuito, no siempre deseado, muchas veces heroico. El mandato del presidente de comunidad de propietarios transcurre a lo largo de tenaces incordios, -el ascensor, la portería, el fontanero, ¡ah, el fontanero!-, pero alcanza su cumbre de paciencia y sapiencia en los días de junta. El presidente abre la sesión, pero raramente se atreverá a decir «Se abre la sesión». Los señores comuneros tienen buena voluntad, quieren arreglar las cosas de la casa, pero de paso arreglar el país, contar chistes, ensartar ingeniosidades. Luego, las cuentas les parecen subidas, incluso quienes pidieron la calefacción en mayo, o peces de colores para el portal. El presidente tiene que atender a todo, a todos. Tiene que atender a las consignas -«Tú no seas tonto, a ver qué se cree la del ático»- previas y roedoras de su propia mujer...

Al presidente de ahora, que es una especie de casero de caseros, le sigue conviniendo el cúmulo de cualidades que «El curioso parlante» señalaba para el propietario de un siglo atrás: «espíritu conciliador, un alma grande, una capacidad electoral, una presencia majestuosa, actitudes académicas, sonora e imponente voz». Así se comprende la satisfacción de unos amigos míos con presidente nuevo, que sin duda las reúne y por esto no saben si lo tienen o lo sueñan. Fue funcionario importante, hoy en el afortunado trance de su jubilación bien llevada y nada ruinosa. Se hizo rogar no más de lo que exige la cortesía, y aceptó. La cosa -la casa- marcha como la seda. A

veces ilustra mucho un ejemplo pequeño, pequeño y significativo: El portero, antes renuente, acude ahora presuroso y disciplinado, aunque con más énfasis en el inicial saludo mañanero. Es la norma que él tenía, el presidente, en su gobierno de Ciudad Real, donde la guardia formaba para la primera salida de S. E. (Luego durante el resto de la jornada, bastaba mano a la gorra.)

Pero, claro, lo malo está en que no hay tantos presidentes -idóneos, verdaderos- como inmuebles en régimen democrático. Porque nadie pretenderá que en una sola calle puedan darse cincuenta, o veinte, o ni que sean seis, ciudadanos con ese carisma, que es como ahora se dice. Y mucho menos, que siempre vaya a tenerse a, mano a un ex gobernador civil.

Antonio PEREIRA